

## Deudas de vida

Por José Luis Valencia

—Entra muchacho, sé a qué has venido —dijo don Fermín sin levantar la mirada—. Sentado en un equipal, en medio de un jardín de ceibas y olivos, tomó un habano, lo colocó bajo su nariz y aspiró el olor tropical del tabaco. Se llevó la mano derecha al pecho y recorrió la cicatriz que no le deja olvidar que tiene un corazón que no es suyo. “Cuando se vive con el corazón de otro se siente menos, se siente diferente. Cada día es de a gratis”, piensa de cuando en cuando. Encendió el habano, prohibido por prescripción médica, aspiró el tabaco, cerró los ojos, exhaló una bocanada de humo y miró al muchacho que esperaba una señal suya para entrar al jardín. Una sensación de angustia le hormigueó en la piel. Nunca imaginó que sería aquel joven quien tocaría a su puerta esa noche; pensándolo un poco, tampoco podría haber sido otro. —Entra y siéntate. Hablemos antes de que hagas lo que tienes que hacer—.

—Así que sabe a qué vine —Benjamín apretó los dientes al sentir de golpe la acusación que le caía encima y pasó saliva para quitarse el trago amargo—. Dígame, ¿a qué he venido? —preguntó con el tono retador de quien no acepta acusaciones que no merece—.

—Vienes a matarme —respondió sin emoción y con una sonrisa condescendiente—. Te ha convencido y harás lo que él no tiene el valor de hacer. Las cosas son como son, no te lo reprocho. Mejor que seas tú —dijo antes de dar un sorbo a la copa de tinto que sostenía entre sus manos—. Saboreaba un Richebourg, el vino francés que probó por primera vez hace casi cuarenta años, cuando estudiaba en la Sorbona un posgrado que jamás terminó. La sensación del vino en su boca valía los mil seiscientos dólares que pagaba por cada botella. Sonrió por no saber qué decir. Suspiró de nuevo. Hurgó en los ojos de Benjamín en busca de razones que sabía no tenía sentido encontrar: con él se podía hablar de frente, no hacían falta juegos ni rodeos. Tampoco sentía rencor ni miedo, ya estaba viejo para eso. En el fondo le reconfortaba que todo fuera a terminar así: tomando una copa en la casa donde había nacido, donde vivió con su mujer y crecieron sus hijos. Su familia tenía la vida resuelta, así que las únicas cuentas pendientes las tenía con Dios y ya se arreglaría con él cuando estuvieran de frente. Alzó la copa para admirar el rojo rubí denso de la uva *pinot noir*, su favorita. Suspiró y sonrió nuevamente. A sus sesenta y tantos años, con la vida que había llevado y las vidas que había quitado, era casi un final feliz morir sentado, bebiendo un buen vino y charlando con un viejo amigo. Miró a Benjamín y, aunque no pudo reconocer al adolescente de años atrás, no podía olvidar que ese joven, a pesar de su edad, se fajó como el que más y evitó que abusaran de su hija Victoria, la menor, la que más quería. El muchacho se puso al tú por tú con un policía para salvarla, en una época en la que eso costaba la vida. “Los tamaños de un hombre se miden por sus acciones, pero más cuando actúa sin pensar. Cuando en los momentos difíciles elige el camino correcto sin pensarlo dos veces. Así es cómo se sabe de qué está hecho”, contaba don Fermín. Benjamín se convirtió en un hijo más, el número uno, el más respetado y querido. Es cierto que la sangre llama, pero don Fermín no podía obviar que sus dos hijos varones no tenían ni el corazón ni los arrestos del muchacho. —Está bien que seas tú. No lo tomo a mal. Un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer y tú ya eres un hombre. Sírvete un trago —dijo, señalando la barra que estaba a sus espaldas—.

—Así que vengo a matarlo..., chinga' o, don Fermín; dígame, ¿de dónde saca eso? ¿De cuándo acá me toma por culero?—.

—No pasa nada, muchacho. Lo que vas a hacer es de lo más normal. En esta vida que elegimos nada es personal, nunca olvides eso —respondió don Fermín, echándose para atrás en la silla y cruzando las piernas—. Mira, hace años fui a un chequeo médico de rutina, llegué caminando y salí un mes después con un corazón nuevo —dijo tocándose nuevamente la cicatriz en el pecho—: aquel día fumé un cigarrillo antes de entrar al hospital y poco después casi me muero de un infarto; así aprendí que a la muerte hay que esperarla todos los días. Tantos años con tanta gente tratando de matarme y yo me iba a morir del corazón. Qué cursilería, ¿no? Pero así es esto: lo que no te cobran tus muertos, te lo cobra la vida.

—Pos se equivoca, no he venido a eso —interrumpió Benjamín, encendiendo un cigarrillo. También lo miraba a los ojos, con respeto, pero sin vacilar—. Usted me conoce, o eso creía, nunca se sabe, ¿no? Siempre dijo que había que estar al tiro porque el Diablo anda metido en todos lados pero, don Fermín, ¿'onde me vio los cuernos? Con todo respeto, no sea cabrón. No se vale.

—¿No vienes a eso? ¿Que no te han llegado al precio? —don Fermín se arrepintió apenas terminada la frase: Benjamín no lo merecía ni aunque fuera el hombre que iba a meterle la bala que había estado esperando desde que lo nombraron jefe de la organización que fundó Roberto, su hermano—. El movimiento era grande, muchos jóvenes armados, estudiantes que jamás habían pisado ni la escuela ni la cárcel porque estaban protegidos por quién sabe qué gente del gobierno. Asaltos, secuestros, asesinatos a puño limpio o a punta de bala. Todo estaba permitido siempre que no hicieran demasiado escándalo y cumplieran sus responsabilidades con la nación. El día que murió su hermano, no bien había regresado de la morgue donde tuvo que identificar su cadáver, Fermín recibió una llamada de presidencia: “Ahora la estabilidad del estado es responsabilidad suya. Confiamos en que no nos defraudará”, escuchó del otro lado de la bocina. Colgaron sin esperar respuesta. Entendió que sería el nuevo jefe. Sudó frío: si los lugartenientes de su hermano no estaban de acuerdo, tendría que matarlos o ellos lo matarían a él; no estaba listo para eso. Roberto fue el tipo de hombre que todos respetaban o temían, tomaba las decisiones difíciles y se hizo cargo de la familia desde que el padre de ambos murió. Fermín había elegido otra vida: los viajes, las charlas de café, las noches de cantina, la ilustración, las inagotables noches de París, la *Belle Époque*; sus años de juventud habían sido una bohemia financiada por su hermano. Nunca le interesó ser parte del mundo de Roberto y éste jamás intentó involucrarlo. No estaba hecho para esa vida y ambos lo sabían. La misma noche en que murió, en pleno funeral, entre el silencio de su madre que miraba sin expresión la caja donde descansaba el cuerpo de su hijo mayor; de empresarios agradecidos porque la Organización había eliminado a la competencia incómoda; de políticos de renombre que acudían a mostrar sus respetos a la familia del hombre que había mantenido el orden en la ciudad; y de cientos de jóvenes, algunos enclenques, otros pasados de peso, pero todos armados, sudorosos, mal encarados y ansiosos por desahogar su frustración a balazos; en medio de todo eso, los cuatro lugartenientes, uno a uno, le presentaron sus respetos. La sucesión sería pacífica. Hacía más de veinte años desde aquella noche y aún hoy no podía quitarse la sensación de querer salir corriendo. Él no era como su hermano, nunca había querido ese lugar y, sin embargo, lo había hecho bien: veinte años después estaba vivo y seguía al mando.

La voz del muchacho interrumpió sus recuerdos.

—No, don Fermín, sé que él tiene la razón, los modelos se agotan y la Organización necesita cambios, pero no he venido a eso. Soy de pueblo, acuérdesese, allá somos rancheritos pero con muchos güevos: yo no olvido ni traiciono —un nudo en la garganta cortó la frase—. A Benjamín se le vino encima un mundo de recuerdos; por ejemplo, que tenía apenas ocho años cuando un policía mató a su padre. Un pleito de cantina entre un agricultor desarmado y un hombre de ley con escopeta y revólver. Su padre terminó en el cementerio y el policía, con los años, llegó a jefe del departamento. Luego su madre trabajando de sol a sol, limpiando casas y lavando ropa ajena para que Benjamín estudiara en la ciudad. Ella sabía que si el muchacho se quedaba en el pueblo, tarde o temprano enfrentaría al asesino de su padre y no quería eso, un muerto en la familia era suficiente. Después la época en la ciudad: apenas cumplidos los quince años entró a la preparatoria pública y comenzó a salir con una chica maoísta. Ella le dio su primer porro, le quitó la virginidad y le habló del comunismo. Fue la época en que se creía que el mundo podía cambiar: Marx, el Che, la revolución y todas esas cosas que hoy están en desuso. Entonces se podía creer en algo con el alma y dar la vida por una causa. Benjamín creía, pero no era un hombre de letras como los amigos de la chica maoísta. Para él todo era más simple: los pobres estaban jodidos, los ricos se hacían más ricos jodiendo a los pobres y a los gobiernos los ponían los ricos para seguir haciéndose ricos a costa de los pobres que, por si fuera poco, tenían que cuidarse más de la policía que de los delincuentes. No soportaba a los que se sentaban a leer y a escribir sobre los problemas de la gente: “Proletariado, lucha de clases, burguesía, ponerle nombres mamones a las cosas no resuelve nada. No entiendo cómo sus pinches libros van a ayudar a que la gente tenga qué comer. Nomás se hacen pendejos tus amigos”, le decía a la chica maoísta después de pasar por largas y aburridas horas en asambleas con las Juventudes Comunistas, o el Comité Central del Partido o el Colectivo Socialista. Pasaban de un grupo a otro porque ella cambiaba de filiación, según su estado de ánimo. “Yo quiero hacer cosas en serio, no sentarme a discutir pendejadas en un café”, insistía Benjamín. Su frustración por lo inútil de esa vida y la decepción de la chica maoísta por el poco compromiso ideológico que mostraba, acabaron con su relación. Ella lo dejó por un poeta jipi y él, aunque en realidad no le importó mucho, sólo por no dejar, le rompió la nariz y dos dientes al poeta. “Así no se hacen las cosas, hay que respetar, pos ni que fuéramos animalitos pa’ andar así todos contra todos”, le dijo antes de caerle a golpes. Benjamín se alejó del mundillo intelectual en busca de gente que hiciera más y hablara menos. Primero intentó con los del Frente, pero lo rechazaron por ser estudiante de derecho. “Una carrera de burgueses”, dijeron. Intentó buscar a la Liga, pero tampoco tuvo suerte con ellos. Entonces apareció El Rostro, un muchacho tres o cuatro años mayor que Benjamín; tenía la frente amplia y arrugada, nariz alargada, orejas puntiagudas y barbilla hundida, casi inexistente. Hacía ocho años que estudiaba sociología y, aunque no había pasado del tercer semestre, era el orador principal en las asambleas estudiantiles y el organizador de las tertulias poéticas en el jardín trasero de la facultad. Él fue quien le habló de los Conejeros: “Mira camarada, lo que hacemos es tumbar policías, les quitamos la pistola, balas, lo que traigan de armas y se los roamos a la Liga. Nuestra chamba es conseguirle suministros a la guerrilla, ¿entiendes? Es igual de importante y no arriesgas el pellejo tan a lo pendejo, ¿le entras o te da culo?”. Benjamín aceptó y participó en cinco emboscadas. Las tres primeras fueron un fiasco que no valía la pena recordar. En su cuarto intento, vieron a una

patrulla estacionarse en un callejón y a un policía bajar con una adolescente esposada y amordazada. La llevaba sujeta del brazo y a empujones la metió a una casona abandonada. Benjamín, El Rostro y otros dos los siguieron. Al entrar vieron a la chica tirada sobre unos cartones sucios y al policía con los pantalones en las rodillas. Benjamín sintió la sangre caliente y los puños pesados. “Pinche tira pocos güevos”, dijo entre dientes. Miró a la chica y después al policía que no alcanzó a decidirse entre buscar su arma o subirse los pantalones; Benjamín se le fue encima y, cuando los demás reaccionaron, el oficial tenía el cráneo reventado a golpes. El Rostro tomó el arma del policía, que gemía y temblaba tumbado en el suelo, y salió corriendo seguido del resto de la banda. Benjamín ayudó a la muchacha a levantarse, le quitó las esposas, la sacó del lugar y le preguntó a dónde tenía que llevarla: “Con mi papá, por favor, con Fermín Reyes”, respondió sin emoción alguna. Habían pasado diez años desde aquella tarde.

—¿A qué vienes entonces? —interrumpió don Fermín, tragándose el orgullo y sirviéndole una copa del vino francés que nunca había compartido con nadie. Era su gusto personal, para sus momentos de soledad—.

—A renunciar y a despedirme. Él tiene razón, pero no voy a pelear con usted; porque a usted le debo la vida y si me meto en esta bronca no podría estar a su lado. Por eso me voy. Yo no traiciono —Benjamín lo miró a los ojos y lo encontró cansado, encanecido—. Parecía un hombre distinto al que conoció cuando llevó a Victoria a su casa: “Fermín Reyes, carajo”, Benjamín sabía que ese era el hombre del que hablaban los amigos de la chica maoísta: el represor que trabajaba para el gobierno; el jefe de la organización que sofocaba las manifestaciones de los trabajadores de las fábricas; el criminal responsable de la muerte de políticos de oposición y líderes sociales; el mafioso que armaba a los porros en la Universidad y se encargaba de eliminar a estudiantes de izquierda y agitadores como Benjamín. Fue ese Fermín quien abrió la puerta esa noche: vestido con bata, pantuflas y los anteojos a media nariz, el enemigo no parecía tan terrible. Victoria, que no pronunció palabra durante el camino, apenas miró a su padre se abalanzó hacia él y comenzó a llorar. Don Fermín, con su hija entre los brazos, miró por encima del hombro a aquel muchacho. “Es la de un hombre agradecido, no la de un hijo de puta”, pensó Benjamín sin rehuir su mirada firme. “Espera aquí, muchacho”, dijo antes de llevar a su hija adentro de la casa. Benjamín esperó. Poco después un tipo abrió la puerta, le pidió su nombre y cerró nuevamente. Minutos más tarde reapareció don Fermín: “Entra, muchacho, te quedarás a cenar”. En el comedor esperaban Victoria, sus dos hermanos y su madre. A nadie pareció importarles la presencia de un extraño en la cena familiar. La noche transcurrió entre charlas casuales, bromas y una lluvia de atenciones como nunca las habían tenido con él: “¿Más carne?”, “¿Te gustó la sopa?”, “¿Otra copa?”. Lo hicieron sentir como uno más de la familia. Al final de la velada, Victoria lo acompañó a la puerta, le dio un beso en la mejilla y le susurró al oído un *regresa* que le enchinó la piel. Benjamín volvió casi a diario. Ella, una niña rica y mimada, descubrió en él un mundo que no conocía. No era sólo lo que el muchacho había hecho por ella, era su humor de pueblo, la mirada simple de un chico pobre y comunista, los arranques de un flaco desgarrado pero entrón y bueno para los madrazos. Pero, sobre todo eso, era el único que no agachaba la cabeza al hablar con su padre, que le respondía golpeado, que parecía no tenerle miedo. Ella, princesa en un mundo de fantasía, no había conocido nunca a nadie parecido. Él, un muchacho de pueblo, de esos que se enamoran por los ojos, simplemente no pudo

dejar de pensar en ella. “Cuando el amor te pega en la panza, ya no hay nada que hacer, camarada”, le había dicho El Rostro alguna de esas noches de mezcal en que escuchaban a Silvio y hablaban de los amores perdidos o de las revoluciones por venir.

—¿Te vas?, ¿así nada más? —preguntó don Fermín que, con los años, había aprendido que a casa no se invita a cualquiera, porque ahí es donde está la familia y la familia es sagrada—. Pero también sabía que quien se juega la vida defendiendo a una mujer, más si esa mujer es tu hija, se gana el derecho a entrar al hogar. Por eso la noche en que Benjamín apareció en su casa, con Victoria entre los brazos, ya tenía su lugar en la mesa. Tampoco importó lo que el muchacho hacía: a las pocas horas Fermín sabía ya que era un conejero y aún así le permitió visitar a su hija y compartir la mesa con su familia muchas noches más. No importó que fuera uno de esos radicales con los que tenía que acabar; en lo que a él concernía, el muchacho se había ganado un indulto. Ordenó que nadie le pusiera una mano encima y así se hizo.

—Sí. Me voy, así nomás. Ya sabe que soy de pocas palabras.

—¿Qué vas a hacer afuera? —preguntó—. La primera vez que charlaron sobre las ideas del muchacho, Fermín habló del respeto a la patria, del orden, el progreso y el respeto a las instituciones; Benjamín rebatió hablando del hambre, de la gente a la que le quitaban sus tierras, de los niños que morían porque no había para pagar a un médico, del policía que mató a su padre y que ahora era jefe de cuartel. Discutieron durante horas. Don Fermín escuchó con paciencia un discurso poco elaborado, pero apasionado; el muchacho hablaba más con el corazón que con razones. Eso fue lo que respetó don Fermín, que terminó la charla con una sentencia: “Muchacho, eres un buen hombre; si no tuvieras esas ideas rojas en tu cabeza, no tendría inconveniente en que fueras parte de la vida de mi hija; pero el camino que elegiste tarde o temprano te va a llevar al panteón y no quiero que Victoria siga tu suerte ni verla llorar por ti, ¿entiendes?”. Benjamín lo miró fijo, tragó saliva y le extendió la mano: “Entiendo, yo quiero a su hija, pero también sé que no voy a dejar de creer en lo que creo ni de hacer lo que hago; hay luchas que no deben de abandonarse aunque se sepan pérdidas, la mía es de esas”. Don Fermín le dio la mano sintiéndose orgulloso de aquel muchacho. Eso no había cambiado: aún hoy, sabiendo lo que iba a pasar, seguía sintiéndose orgulloso de él.

—¿Qué voy a hacer? Pos ganarme la vida. No necesito esto para vivir. Sé trabajar y sé hacerlo bien. He pasado por tantas cosas que trabajar no me asusta ni tantito, y usted lo sabe —respondió Benjamín, refiriéndose a la noche que lo levantó el ejército—. En su último intento por conseguir armas para la guerrilla, los Conejeros intentaron emboscar una patrulla parada en una calle oscura y callada. Un policía sentado al volante y aspirando una raya de coca parecía un blanco fácil. El Rostro se acercó a la ventanilla, sacó un revolver, lo puso en la sien de aquel tipo y le gritó que bajara del auto. “Que se baje tu chingadamadre”, respondió el oficial antes de recibir un cachazo en la cara. En la acera contraria se escuchó un disparo. El policía no estaba solo. Su pareja, que estaba meando detrás de un árbol, empezó a disparar al escuchar el grito de su compañero. El Rostro comenzó a temblar y, con el tamborileo de sus dedos, se le escapó un tiro que pegó directo en la cara del policía que estaba en la patrulla. Quedó paralizado hasta que Benjamín corrió hacia él, lo jaló y lo echó hacia atrás justo antes de escuchar un nuevo disparo. Fue Benjamín quien recibió el tiro. Cayó mientras El Rostro y los demás corrieron sin voltear atrás. Llegaron más policías. “¡Le disparó, lo mató el muy cabrón. Hay que chingar a este hijo de su perra madre!”, gritaba el

compañero del policía asesinado, señalando a Benjamín. A toletazos, patadas y puñetazos, los policías hacían justicia a su compañero caído. Llegó un camión del ejército. Un grupo de soldados bajó, sacó a Benjamín de entre los policías y lo llevó a un cuartel. Las cosas no mejoraron: lo metieron a un cuarto pequeño, le quitaron la ropa y lo esposaron a una silla. Le preguntaron a qué grupo guerrillero pertenecía, qué gobierno extranjero le pagaba, por qué quería desestabilizar a las instituciones, por qué traicionaba a su país. Pasó un día, luego dos, después muchos más, los suficientes para que el tiempo dejara de importar. Lo mantuvieron desnudo y con los ojos cubiertos con un trapo ensangrentado. Lo golpeaban varias veces al día, a veces a puño limpio y otras con una vara de goma. De cuando en cuando, un par de manos grandes golpeaba sus oídos con las palmas abiertas. Le daban de comer sólo tres o cuatro veces por semana y apenas unos sorbos de agua durante las noches. Por temporadas lo encerraban en un cuarto pequeño sin ventanas ni luz. Cuando se quedaba dormido, la puerta de la celda se abría y un chorro de agua lo levantaba de golpe y lo estrujaba contra la pared. Al principio, cuando comenzaron los interrogatorios, Benjamín se engalló. Estaba frente al enemigo y no se iba a doblar: los ignoró, se negó a pronunciar palabra y respondió a los golpes con escupitajos. Luego los retó: “Suéntenme hijos de su perra madre y déjense venir en bola porque de a uno no me hallo, pinches guachos putos”. Después, cuando aprendió que el dolor no tiene límites, pidió tregua: “Ya párenle, no sé nada, no conozco a los de la Liga ni a ningún puto cubano, me cae. A'i muere: yo no disparé, se los juro, nomás íbamos por el arma”. Le habría gustado saber algo para contarle y que lo dejaran en paz, pero lo único que sabía era que El Rostro era quien entregaba las armas. Delatarlo nunca fue opción; habría confesado cualquier cosa, menos eso. Para él, la amistad que nace entre canciones y confesiones de alcohol, era sagrada. Suplicó que lo mataran, pero nadie escuchó. También pensó en el suicidio, pero no tuvo la oportunidad ni los medios para hacerlo. Con el tiempo dejaron de hacerle preguntas, pero no de golpearlo. Una tarde lo vistieron, lo aventaron a la caja de una *pick-up* y lo llevaron a casa de don Fermín. Por Victoria supo que su papá había amenazado al presidente con hacer de las calles un infierno de balas y granadazos si no lo regresaban con vida. En ese tiempo nadie le faltaba al respeto al presidente y Benjamín lo sabía. Don Fermín no sólo había arriesgado su lugar en la Organización, se había jugado su resto y eso no se olvida. “Acuérdese que usted me salvó la vida. ¿De verdad cree que lo voy a traicionar?”

—¿Dices que él tiene razón? —preguntó don Fermín con voz cansada y bajando la mirada—.

—Estoy seguro.

—¿Y no te irás con él?

—No, a usted le debo la vida y si con ella tengo que pagarle, pago —Benjamín pasó tres meses encerrado en el cuartel y otros tantos recuperándose de la tortura; eso no se olvida fácilmente—. Tampoco que Victoria lo cuidó todo ese tiempo: limpió sus heridas; cambió pañales y sábanas cuando él no podía levantarse; le hablaba, le leía, lo alimentaba. Benjamín no imaginó a la chica maoísta, con todo ese compromiso y amor revolucionario, haciendo lo que Victoria había hecho por él. Entonces comprendió que fue don Fermín, ese represor a sueldo del gobierno, el asesino a sangre fría, el enemigo del pueblo, quien se había jugado la vida por él; mientras sus camaradas, los que se decían justicieros del pueblo y hablaban de revolución, lealtad y justicia, lo habían abandonado a su suerte. ¿Quiénes eran los buenos y

quiénes los malos? Ya no estaba seguro de eso. Él se había sacrificado para sacar a El Rostro del tiroteo y ellos lo abandonaron a manos de policías rabiosos de venganza. Y eso no había sido todo: lo que terminó de reventarle el estómago no fueron los golpes de los militares, sino enterarse de algo que pasó mientras estuvo desaparecido: cuando Benjamín pudo ponerse en pie fue a ver a su madre que, entre lágrimas, lo abrazó como si acabara de salir de su vientre y lo tuviera por primera vez entre sus manos. Ella le habló de un tipo que la visitó mientras estuvo desaparecido; ese hombre la golpeó y amenazó con lastimar a sus otros hijos, los más pequeños, si la policía se enteraba de lo que hacía Benjamín. Su madre pasó el tiempo entre la angustia de no saber de su hijo mayor y el miedo de que algo malo le pasara a los más pequeños: “Era un hombre sin alma y sin piocha, hijo; era feo por dentro y por fuera, tendrías que haberlo visto”. A Benjamín se le trabó la quijada al imaginar a El Rostro lastimando a su madre. Mientras sus compañeros de lucha lo habían traicionado, don Fermín, el que tendría que ser el enemigo, había arriesgado todo para salvarlo. Esas cosas no se olvidan.

—Estás cometiendo un error. En esta guerra que viene no hay lugar para puntos medios. Estás con él o estás conmigo. Si no tomas partido estás en contra de los dos. Si no te decides, estás muerto y lo sabes. Muchacho, en esto que hacemos no puedes dudar, un momento de indecisión te puede costar la vida.

—En usted confío y los demás me pelan la verga. Quiero ver quién es el valiente que se me pone enfrente. Ya sobreviví a muchas cosas como pa’ mojarme con cualquier llovizna —dijo sonriendo y encendiendo otro cigarrillo—. Además, don Fermín, estos son los momentos en que hay que mostrar la lealtad, ¿que no? Usted me enseñó eso.

—Entonces demuéstrela con hechos, no con discursos. Quédate a mi lado, pelea conmigo. Tengo muchos años en esto y sé cómo va a terminar esta historia. Yo no voy a perder.

—Fíjese, don Fermín, porque esto no me lo enseñó usted, fue algo que aprendí por a’i: la lealtad no se trata de quedarte pa’ siempre en el mismo bando. La lealtad no es ser incondicional a lo pendejo. Porque no es leal quien nomás te da por tu lado o se la pasa obedeciendo a lo güey. La gente así no es de fiar. Si se quiere a alguien de veras, hay que decirle cuando está equivocado y no dejar que se lo lleve la chingada. Yo a usted lo quiero y le soy leal, por eso le digo que esta guerra a la que se va a meter, es la que lo va a matar. No soy como toda esa bola de putos que tiene a su alrededor y que se la pasan besándole las pelotas. No soy de los que se están hinchando en billetes, abusando de la gente y haciendo negocios en su nombre. Se lo digo al tiro: no estoy de acuerdo con el camino que ha elegido ni con la gente con quien está tomando decisiones. Él tiene razón, y lo que quiere hacer se necesita; usted está equivocado y por eso le van a ganar —a Benjamín la voz se le resquebrajaba apenas al salir de la boca. Guardó silencio unos minutos, tomó aire y continuó—. Y sepa, don Fermín, que al decirle esto que le estoy diciendo, estoy siendo más leal que cualquiera de los que están con usted. Toda esa bola de culeros que le andan calentando el oído y diciéndole que se aviente la bronca, son los primeros que lo van a dejar solo cuando vean que se les viene la reata encima.

—¿Así que él tiene razón? ¿De verdad lo crees? —preguntó el viejo mordiéndose los labios—. Quizá mi modelo sea viejo, pero funciona y es justo para todos. Con él ganarán algunas batallas, pero les quitará el alma y los desechará uno por uno cuando ya no los

necesite. Él es capaz de pactar con el Diablo y lo sabes, a ti no puede engañarte. Los demás pueden creer esa basura de los nuevos modelos, pero tú no. No, tú sabes muy bien de qué se trata todo esto —el viejo se perdió en sus pensamientos y se aferró al recuerdo de la última vez que había sentido miedo—: “Papá, Benjamín le disparó a un policía y se lo llevaron; tienes que hacer algo. Se lo llevaron a Benjamín y lo van a matar”, le había dicho Victoria aquel día. A don Fermín se le heló la sangre. Sabía lo que eso significaba: o el cadáver ya había sido arrojado al mar desde un helicóptero o lo estarían torturando en algún cuartel militar en cualquier parte del país. “El muchacho es fuerte, si no lo han matado va a aguantar”, dijo para tranquilizarse. Comenzó a hacer llamadas. Lo primero que supo es que había un policía muerto y que era pariente de alguien cercano al Gobernador. Lo llamó. “Tu trabajo es acabar con estos delincuentes, ¿de verdad me estás pidiendo que suelte a uno? Sé serio, Fermín. Además, no tengo información sobre ningún detenido. Lo que te puedo asegurar con absoluta certeza es que si este muchacho es tan importante para ti, espero que ya esté bien muerto”, fue la respuesta que recibió. “Está vivo”, pensó don Fermín aliviado. Esa información era lo único que necesitaba. En el estado, sólo la Organización era más poderosa que el gobierno; por eso tenían sus diferencias, porque ambos sabían que el poder no se comparte. El reto del Gobernador no había pasado desapercibido, pero ese tema lo atendería después; lo que importaba es que el muchacho estaba vivo. Ahora tendría que pedir favores y sabía donde comenzar, con el General: “Don Fermín, usted lo sabe bien, mi deber es con el país y no puedo tomar decisiones así nada más, mi trabajo es obedecer órdenes. Pero en honor a nuestra amistad, puedo decirle que el sujeto que busca está en la quinceava y que, por instrucciones del señor Gobernador, de ahí sólo sale en un cajón; a no ser que el Jefe Máximo disponga otra cosa”, dijo. Tomó un respiro antes de agradecer la información. Colgó. El siguiente movimiento era el más arriesgado, pero no dudó en hacerlo: “Señor Presidente, necesito pedirle un favor personal. Verá, se trata de un muchacho que me ayudó en un tema familiar, con mi hija...”, dijo don Fermín a través del auricular. La respuesta fue corta: “Entiendo. Veré qué se puede hacer, Fermín. Buena tarde”. Durante casi un mes no recibió noticias y decidió llamar de nuevo: “Señor Presidente, disculpe que lo moleste nuevamente, es sobre el tema que le comenté, ¿recuerda? Sobre el muchacho. Es muy importante para mí”, insistió. “Como dije la última vez, veré qué se puede hacer”, repitió el Presidente. Tres semanas después seguía sin tener noticias. Insistió: “Señor Presidente, con todo respeto, o sueltan al muchacho o... ¿cómo le dijera? Las cosas se pueden salir de control, espero me comprenda”. “Se necesitan muchos arrestos para amenazarme, Fermín”, dijo el Presidente y colgó. Aquella fue la última ocasión en que ese presidente le tomó una llamada. Al día siguiente le entregaron al muchacho. Don Fermín sabía que había tomado un camino sin retorno y que, a partir de ese día, cada mañana podría ser la última. No le importó, Benjamín estaba a salvo y eso era todo lo que quería. “¿Entiendes que él los hará ganar, les quitará el alma y los desechará?”

—Es posible, pero en este momento él tiene razón.

—¿De verdad crees eso, que tiene razón? —insistió don Fermín observando al muchacho que no bajaba la mirada, mantenía la espalda recta y los pies bien plantados en el suelo—. No se parecía en nada a la piltrafa que los soldados le habían entregado en su casa y que, meses después, ya recuperado, le pidió lo aceptara en la Organización. “Aquí no hay ideales, hijo; sólo hay un grupo y por el grupo se hace lo que se tenga que hacer. No hay



espacio para discusiones, aquí se obedece porque eso es lo que se tiene que hacer y punto. Se te da un sueldo, un margen para que hagas negocios y se acabó, el resto es obedecer. No estás hecho para esto, tú sí crees en cosas y eso está bien. Síguele por ahí”. Benjamín respondió sin vacilar: “El corazón sin güevos no vale y los güevos se enseñan. Nunca más me voy a arriesgar a lo pendejo, me la voy a jugar por la gente que es leña, por los que tienen palabra, los güevos bien puestos y el coraje para sostener la mirada. Usted me enseñó eso”. Don Fermín suspiró. Él nunca había querido vivir esa vida y no la quería para el muchacho. No valía la pena, pero no sabía cómo convencerlo de no tomar el camino que él mismo había recorrido durante más de veinte años. Al verlo tan decidido, comprendió que sólo tenía una carta para disuadirlo y la jugó: “Ya eres un hombre y un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer; pero si te metes a esto dejas a Victoria definitivamente; si decides recorrer este camino no podrás hacerla feliz, ¿entiendes? No quiero que ella sufra por lo que harás ni que pase su vida preocupada, pensando cada mañana si regresarás vivo a la hora de la cena”. Benjamín no dudó porque a veces el rencor es más fuerte que el corazón: se decidió por la Organización. El viejo suspiró nuevamente. Sintió un hormigueo en el brazo izquierdo, el primer aviso de que su corazón pronto le haría una mala pasada. Ese mismo día Benjamín recibió una pistola y un carnet que lo acreditaba como miembro de la Organización. Fue él quien decidió que su primera misión sería dismantelar a los grupos subversivos de la ciudad y sabía donde comenzar. A los pocos días, dos cadáveres fueron encontrados en un pueblo alejado de la ciudad. La versión oficial fue que un tipo intentó robarse el arma del jefe de la policía local y, en la trifulca, ambos terminaron muertos. Nunca se identificó al criminal que quedó con el rostro desfigurado a balazos. El jefe de la policía fue enterrado con honores. A los pocos días, uno a uno los Conejeros fueron desapareciendo. Ninguna de sus familias supo más de ellos.

—Muchacho, mírame a los ojos y escúchame bien: ¿En serio lo crees? ¿Que él tiene razón? —preguntó don Fermín, que sabía bien que cuando a ese muchacho se le metía una idea en la cabeza, no había forma de convencerlo de lo contrario.

—Estoy seguro que lo que él va a hacer es lo que se necesita.

—Esta bien, muchacho, tú ganas. Esto es lo que va a pasar: te vas a ir con él y vas a pelear a su lado. Esta guerra no será sencilla, pero si gano tú vas a estar bien, no te preocupes; si pierdo, ese día quien venga a esta casa serás tú y sólo tú, ¿entiendes? Harás lo que tengas que hacer, pero te vas a asegurar que nadie hable mal de mí ni de mi familia; vas a cuidar de los míos, ¿está claro? Ya puedes irte.

—No voy a hacer eso, don Fermín, ¿que no me escuchó?

—No estoy preguntando qué quieres hacer, es una orden. Lárgate de mi casa —dijo el viejo con voz seca.

—Don Fermín, no. Yo no puedo —a Benjamín se le escaparon un par de lágrimas. Lloró como no lo hacía desde que lo agarraron los militares. Se acercó a don Fermín y lo abrazó con ganas de no soltarlo nunca. Escuchó cómo el viejo tragaba saliva y después un suspiro largo. Don Fermín lo tomó por la nuca, le dio un beso en la mejilla y dijo: “Está bien, muchacho, un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer y tú ya eres un hombre”. Lo apartó un poco para mirarlo a los ojos y sonrió. Benjamín asintió con la cabeza. “No se apure, yo voy a cuidar de los suyos”, dijo al tiempo que le metía dos tiros en el pecho. El viejo se abrazó a él, Benjamín lo sostuvo. “En ese corazón que no es suyo, pa’ que no le duela. Yo cuido a su familia, don Fermín. Váyase en paz”.

Desde una ventana en lo alto, Victoria miraba a los dos hombres que más amaba en la vida. Cuando se abrazaron pensó que todo estaría bien, que su padre había arreglado todo como siempre lo hacía. Sonrió. Escuchó disparos, cerró los ojos, se apartó de la ventana y se mordió los labios para no gritar. Guardó silencio porque quería recordar el eco seco de la pólvora para no olvidar cómo se escucha cuando pierdes a alguien. No derramó una sola lágrima. Se sentó en la cama, apretó los puños para calmar el temblor en sus manos. Respiró hondo y abrió los ojos sabiendo que había perdido a los dos hombres que amaba: uno había muerto y al otro lo odiaría el resto de su vida.